

Las *Siete tesis*: treinta años después^{1,2}

Francisco Zapata

I. El planteamiento de las *Siete tesis*

Originalmente publicadas en mayo de 1965 en el periódico *El Día* de la ciudad de México, las *Siete tesis equivocadas sobre América Latina* representan un hito en el debate sobre la caracterización de los problemas de América Latina. Cuestionan verdades sustentadas hasta ese momento, verdades que de alguna manera estaban orientando la toma de decisiones políticas en la región así como ciertos parámetros analíticos de la reflexión histórica y sociológica en los años iniciales del decenio de los sesenta. Por ello es que se convirtieron en un texto importante que tuvo repercusiones en la posición de la ciencia social dentro del marco político en que se insertaba. El texto fue reflejo del impacto que acontecimientos como la Revolución cubana tuvieron en el desarrollo de las ciencias sociales en América Latina y en México.

En efecto, las *Siete tesis* cuestionaron ciertas afirmaciones que, como dice su autor, eran moneda corriente para explicar el devenir de América Latina a comienzos de los sesenta. Se trataba de poner en duda estas afirmaciones aportando evidencia que indicara su irrelevancia para la explicación que se buscaba.³

¹ Este texto fue presentado en el XIII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas que tuvo lugar en la ciudad de México entre los días 29 de julio y de agosto de 1993 en una sesión de homenaje a la obra y a la persona de Rodolfo Stavenhagen.

² Para una presentación general de la obra de Stavenhagen, véase Francisco Zapata, "La innovación sociológica en México: la contribución de Rodolfo Stavenhagen", *Ciencia*, núm. 32, 1981, pp. 133-146.

³ Las tesis equivocadas son las siguientes: 1a) los países latinoamericanos son sociedades duales; 2a) el progreso de América Latina se realizará mediante la difusión de los productos del industrialismo a las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales; 3a) la existencia de zonas rurales atrasadas y arcaicas es un obstáculo para la formación del mercado interno y para el desarrollo del capitalismo nacional y progresista; 4a) la burguesía

Las *Siete tesis* destacaron la inadecuación del concepto de *sociedad dual* para caracterizar el desarrollo de la región. Refutaron la validez de dicho concepto, aludiendo a la necesidad de recurrir a la evidencia histórica, por un lado, y a un planteamiento totalizante respecto a las sociedades latinoamericanas, por otro. Introdujeron el concepto de colonialismo interno, que se transformaría más adelante en un elemento clave del planteamiento teórico de Stavenhagen⁴ y sería compartido con Pablo González Casanova que también hizo alusión a él en textos que publicó entre 1963 y 1965 como en su célebre libro *La democracia en México* (1965). Dicho concepto contribuyó a caracterizar mejor la realidad de la sociedad latinoamericana porque recuperó la idea de la subordinación que padecían ciertas zonas de nuestros países con relación a los centros industriales y urbanos, subordinación que no identificaba con una realidad ajena a los mencionados centros, sino al contrario, con una realidad íntimamente ligada a ellos.

Los planteamientos de la teoría de la modernización fueron cuestionados por las *Siete tesis*. Fueron refutados aludiendo a varios hechos, entre los cuales destaca el análisis de la caracterización que los modernizadores hicieron de la trayectoria económica de la región. Este análisis indicó que, en vez de observarse una difusión progresiva de los beneficios de la “civilización” en los países de la región, lo que estaba ocurriendo más bien era la destrucción de los modos de sobrevivencia de la población nativa y la ausencia de prácticas de remplazo de dichos modos; además, señalaron que en vez de derramar sus beneficios, el capital succionó la riqueza que obtuvo, explotando más allá de lo aceptable a los habitantes de los países; se concluyó afirmando que la llamada “difusión” duró más de 400 años sin que se observara cuándo se producirían sus beneficios. Lo correcto sería afirmar que “el progreso de las áreas modernas urbanas o industriales de América Latina se hizo a costa de las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales”. Esto se reafirmó con el análisis de la ausencia de interés que manifestaron los grupos capitalistas por expandir el mercado interno mediante inversiones en el sector atrasado;

nacional tiene interés en romper el poder y dominio de la oligarquía terrateniente; 5a) el desarrollo de América Latina es creación y obra de una clase media nacionalista, progresista, emprendedora y dinámica, y el objeto de la política social y económica de nuestros gobiernos debe ser estimular la movilidad social y el desarrollo de esta clase; 6a) la integración nacional en América Latina es producto del mestizaje; 7a) el progreso de América Latina sólo se realizará mediante una alianza entre los obreros y los campesinos, alianza que impone la identidad de intereses de estas dos clases (Rodolfo Stavenhagen, *Sociología y subdesarrollo*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1972).

⁴ Véase, *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México, Siglo XXI Editores, 1969.

argumentaron que no fue del interés de estos grupos realizar dicha expansión, sino reforzar los rendimientos de las inversiones en aquellos sectores dinámicos que abastecían a los grupos más pudientes de la sociedad y a la externa. De esta forma, el estilo de desarrollo de América Latina, en vez de estar orientado a satisfacer la demanda de los grupos mayoritarios de la población, se dirigió a cubrir la de los grupos sociales mejor colocados en términos de ingreso, educación y salud. Ello era perfectamente coherente con el modelo de *colonialismo interno* que se postulaba como explicativo del tipo de estructura económica vigente en la región.

Después de exponer estos puntos relativos a la forma en que realmente está operando el sistema económico en América Latina, Stavenhagen refutó algunos planteamientos que tenían que ver con el papel que las denominadas “burguesías nacionales” jugaban en la región. En este sentido, afirmó que existen divergencias de interés entre la burguesía industrial y la oligarquía terrateniente; por otro lado, afirmó que se debía fortalecer a esa burguesía y a sus acólitos de la clase media para lograr un desarrollo dinámico. Dicho planteamiento tenía mucho que ver con la realización de una “revolución” burguesa en América Latina, cuestión que se identificó con ciertos partidos políticos, como los comunistas, radicales o liberales en varios países del continente. Stavenhagen refutó estas tesis utilizando el ejemplo de las mal llamadas *reformas agrarias*, que ilustraron mejor que ninguna otra política la ausencia de divergencias de interés entre la burguesía industrial y la oligarquía terrateniente; al contrario, el fracaso de las reformas agrarias en varios países como Brasil o Chile indicó que no era interés de la burguesía industrial derrotar a la oligarquía terrateniente pues, de hecho, su alianza con ella hizo posible el *colonialismo interno*, mecanismo central de la estructura económica del continente.

Además, el plantear que el fortalecimiento de la burguesía industrial y de las clases medias a ella vinculadas era un camino para el desarrollo de América Latina constituía una falsa salida, pues olvidaba que la ligazón entre esos dos elementos era parte de la estructura de dominación vigente, tal como lo es la coincidencia de intereses entre estos agentes y la oligarquía terrateniente. En esto Stavenhagen no hizo sino recordar planteamientos de José Carlos Mariátegui⁵ quien, en su polémica con Víctor Raúl Haya de la Torre entre 1924 y 1928, había planteado que no cabía el proyecto de la revolución burguesa porque éste no tomaba en cuenta las condiciones objetivas, de índole histórica, en que se desenvolvía la

⁵En *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, Lima, Editorial Amauta, 1928.

sociedad latinoamericana; en consecuencia, planteaba Mariátegui, y ello es retomado por Stavenhagen, que lo que debía ser implementado era la revolución socialista que diera lugar a un nuevo sistema de dominación, fundamentado en la hegemonía de las clases populares. Al final de su texto, cuestionó terminantemente el hecho de que el progreso de América Latina se vinculara a una alianza política entre obreros y campesinos que permitiera transformar el sistema de dominación vigente. Al contrario, planteó que no existían instancias históricas en que ello hubiera ocurrido; tanto en México, como en Bolivia, o Brasil en donde tuvieron lugar grandes movilizaciones campesinas, nunca se observó una relación con los movimientos sindicales, los cuales frecuentemente, en vez de estar aliados a los campesinos estuvieron aliados a grupos burgueses interesados en expandir el mercado interno y en limitar las posibilidades de que la acción obrera pudiera subvertir el orden establecido.

La conclusión de las *Siete tesis* insiste en la importancia de “la movilización social y política del campesinado ‘colonizado’ que tendrá que hacer su propia lucha” para modificar las condiciones de dominación vigente. Si en vez de hablar de campesinado colonizado nos referimos a los grupos indígenas explotados, vemos que el planteamiento coincide con los de intelectuales como José Martí o Vicente Lombardo Toledano, quienes relacionaron la situación del indio con la necesidad de la revolución social.⁶ El indio encarna la cultura originaria de América y resume la vocación del continente, pero también es parte de lo que ocurrió de la colonia en adelante y en particular desde que las élites criollas se hicieron cargo de nuestros países. Lo planteado por Stavenhagen quizá no sea tan radical en su expresión como lo que planteó Mariátegui, quien fue entre los ideólogos de la izquierda naciente el que quizás llevó más lejos el diagnóstico, al identificar el problema del indio como una cuestión económica ligada al problema de la tierra, cuyas ramificaciones culturales o “humanas” no eran centrales en la reflexión sobre la problemática latinoamericana. Mariátegui planteó, en efecto, que la revolución socialista es a la vez un proceso de liberación nacional y de lucha anti-imperialista. Para Mariátegui, los indios son los proletarios de nuestra formación social. En Stavenhagen, las formulaciones no son tan precisas como lo fueron en Mariátegui.

⁶ Véase José Martí, “Nuestra América”, en *Política de Nuestra América*, México, Siglo XXI Editores, 1977; Vicente Lombardo Toledano, *El problema del indio*, México, Secretaría de Educación Pública, Col. SepSetentas, núm. 114, 1973. También, Gonzalo Aguirre Beltrán, “Introducción”, en V. Lombardo Toledano, *El problema del indio*, México, Secretaría de Educación Pública, Colección SepSetentas, núm. 114, 1973.

II. Una lectura crítica de las *Siete tesis*

a) *La crítica a la “racionalidad” desarrollista*

En todo caso, lo planteado en este texto escrito en 1965 no pasó inadvertido. Su reflexión puede ser considerada una respuesta a iniciativas como la Alianza para el Progreso (AP) y su correlato financiero, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). Las *Siete tesis* constituyeron una desmitificación de la racionalidad aparente que estas iniciativas poseían, en particular con respecto a las posibilidades que determinados tipos de inversiones tenían en el contexto latinoamericano de esa época, y en particular al fortalecimiento de la industria sustitutiva de importaciones orientada a satisfacer una hipotética demanda interna que se quería fortalecer mediante la realización de una reforma agraria.

Las *Siete tesis* cuestionaban el “salto a la modernidad” por la vía del “desarrollismo” que estaba implícito en las políticas de la AP o del BID. Si bien el planteamiento de Stavenhagen llevaba claridad al debate y hacía reflexionar a muchos sobre las implicaciones de la política que dichos organismos pretendían llevar a cabo, y aunque los frutos de las inversiones no tuvieron todos los resultados que con optimismo se pensaba obtener, no puede negarse que sus efectos en la transformación de la base productiva de los países de América Latina, fueron, en el mediano plazo, sustantivos.

b) *El diagnóstico de la “deuda social”, treinta años atrás*

El diagnóstico, si bien apunta a los desequilibrios, a la pobreza, a la indigencia, a la concentración del ingreso y a la incapacidad de los grupos dominantes para distribuir la riqueza en forma más equitativa; en otras palabras, si bien apunta correctamente hacia el *costo social* del proceso de desarrollo acaecido en América Latina, no menciona que, al mismo tiempo, con las formas y modalidades que las *Siete tesis* mencionan, se producía una transformación radical en las estructuras de la economía y de la sociedad en la región.

La profundidad de las transformaciones es en 1995 todavía mayor a la que se podía constatar en 1965. Si bien la población total ha pasado de 106 millones de personas en 1960 a 455 en 1995, esa población vive actualmente en su gran mayoría en ciudades. En efecto, el grado de urbanización llega hoy a más del 70% de la población total. Por otro lado, si bien la riqueza está todavía más desigualmente distribuida, el Producto Interno Bruto se multiplicó por cinco, pasando de 205 a 960 mil billones de dólares entre 1983 y 1992. Incluso el PIB por habitante, a pesar de la

crisis de la década de los ochenta, se duplicó al doble de lo que era en 1960, en dólares constantes, pasando de 1 274 a 2 223 dólares entre 1960 y 1990. No obstante, vale la pena mencionar que si se considera el periodo 1983-1990 este aumento casi desaparece ya que el PIB *per cápita* equivalente a 2 125 en 1983 pasa a sólo 2 192 en 1992.⁷

De ahí que los términos del debate planteado por Stavenhagen deben ser modificados. Por un lado, la presencia rural es cada día menor en la actividad económica tanto por el empleo como por el producto. La disminución de la importancia del campesinado en la sociedad latinoamericana cambia sustancialmente el sentido de varias de las tesis cuestionadas por Stavenhagen. La riqueza se sigue acumulando y concentrando, lo cual se refleja en que si bien el capital social disponible para cada latinoamericano hoy es equivalente al doble del que disponía hace treinta años, su distribución es cada vez más desigual. Esto no quiere decir que la situación haya “mejorado” o “empeorado”, sino que los parámetros del debate han cambiado. Hay que incorporarle cuestiones como la urbanización, la terciarización y su consecuencia, la informalización, y también otros fenómenos como la feminización de la fuerza de trabajo, la inclusión de los grupos empresariales en la clase media y la relocalización de la actividad productiva en nuevas regiones que se incorporan a las economías nacionales.

Es decir, en la medida que América Latina dejó de ser una región predominantemente agraria y minera, transformándose en una región urbana e industrial, y en que la crisis de la industrialización sustitutiva y del Estado populista nos dejó una herencia política a la que debemos hacer frente, en esa medida es indispensable hacer un esfuerzo por reformular la filosofía general que inspira a las *Siete tesis*.

c) la crítica de las posiciones de izquierda

Otro elemento de impacto en el texto es su cuestionamiento de algunos planteamientos de la “izquierda” latinoamericana de la época. Éstos, que tenían como tema de fondo la necesidad de la realización de una revolución democrático-burguesa en el continente, coincidían —no deliberadamente, por supuesto— con las recomendaciones “desarrollistas” en más de un sentido,⁸ por lo que la crítica de Stavenhagen alcanzó también a estas posiciones. Al postular el imperativo de una alianza de clases como

⁷ Véase Banco Interamericano de Desarrollo, *Progreso Económico y Social en América Latina*, Washington, 1993.

⁸ Véase Francisco Zapata, *Ideología y política en América Latina*, El Colegio de México, 1990.

base del proyecto “industrializador”, la izquierda definía las condiciones del proceso populista en el cual las clases populares entregaban la dirección de la acumulación a los grupos burgueses nacionales, coludidos con el Estado, a cambio de mejoramientos en sus salarios y en las prestaciones sociales. Las *Siete tesis*, como ya lo hemos indicado, se levantaron en contra de ese proyecto político y argumentaron su inviabilidad. Afirieron que es ilusorio creer en una división efectiva de los grupos dominantes entre terratenientes, industriales y tecnócratas, de la misma forma que fue un mito creer en el carácter emprendedor de una supuesta burguesía nacional. Le dieron un carácter académico al debate esencialmente político que había tenido lugar en el lustro inmediatamente anterior a su publicación.

La historia de muchos países de América Latina en la década de los setenta dio razón a las *Siete tesis*. Los golpes militares en Uruguay (1972), Chile (1973) y Argentina (1976) dieron al traste con la idea ilusoria de que la izquierda podía confundir sus ideales con los de una hipotética burguesía nacional. Al contrario, en esas coyunturas quedó claro que en el dilema en que se vieron confrontadas, las burguesías optaron claramente por apoyar la intervención militar restauradora del “orden”. Incluso las ideas de Haya de la Torre, en las que las clases medias constituían una posibilidad de alianza para los trabajadores organizados se vieron refutadas, ya que, como lo planteó José Nun en un artículo famoso: “los militares no han tendido a actuar en absoluto como meros representantes de la oligarquía; es su vinculación con los intereses y con los valores de la clase media la que descubre el sentido de la mayoría de las restantes intervenciones”.⁹

d) Las Siete tesis, la revolución cubana y el qué hacer

A los temas mencionados, las *Siete tesis* dieron un marco analítico basado en una teoría que se vincula con la tradición mariateguista, la de la búsqueda de un enfoque latinoamericano de nuestros problemas. En las *Siete tesis*, como en los *Siete ensayos de interpretación* (¿será casual dicho número?) se trata de producir una caracterización que considere la complejidad de las cuestiones que afectan a nuestras sociedades sin recurrir a modelos inspirados en otras realidades o al menos de alimentar esos modelos con los datos específicos de los que disponemos.

En este sentido, durante el periodo 1960-1965, y como consecuencia del triunfo de la Revolución cubana en 1959, se desencadenó en todo el

⁹ Veáse José Nun, “América Latina: la crisis hegemónica y el golpe militar”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales*, 1966.

continente un conflicto entre los partidos comunistas y la línea cubana. Quien le dio cierta coherencia a dicho conflicto fue Régis Debray en su libro *Revolución en la revolución*, publicado en 1965, el mismo año en que aparecieron publicadas las *Siete tesis*. El texto de Debray, a pesar de contener errores de hecho y de interpretación¹⁰ respecto a las características del proceso castrista, sirvió de punto de aglutinamiento para muchos que se sentían insatisfechos con la línea política de los partidos comunistas en la región. Parte de dicho descontento se explica en función de la aplicación mecánica a la realidad latinoamericana de la conceptualización soviética del marxismo¹¹ sin tomar en consideración la especificidad de las condiciones de América Latina, lo que condujo a errores contundentes de estrategia y táctica políticas. Por ello, tanto el texto de Debray como el de Stavenhagen se insertan en el cuestionamiento que empezó a hacerse en esa época de la línea política de la izquierda en América Latina.

Las *Siete tesis* tuvieron un eco que se multiplicó gracias a la actualidad que tenían en una coyuntura particularmente aguda de la historia de la región. La posición de Stavenhagen, esencialmente crítica en el mejor sentido de la palabra, contribuyó, en forma significativa, a la profundización de la reflexión política latinoamericana. Si bien la evolución de la realidad estructural de nuestros países modificó los términos dentro de los cuales dichas tesis fueron planteadas, la evolución social y política de la región acreditó fuertemente su vigencia.

En efecto, sin tener el don de la profecía, Stavenhagen, basándose en ciertas consideraciones teóricas bien fundamentadas, pudo dar sentido a los acontecimientos de los setenta. Si sus tesis hubiesen sido mejor incorporadas al análisis que realizaba la izquierda institucionalizada sobre la realidad de los países en que le tocaba actuar, quizás la historia subsecuente habría sido otra.

¹⁰ Véase Simón Torres, Julio Aronde *et al.*, "Debray y la experiencia cubana", en *Debray y la revolución latinoamericana*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1969.

¹¹ Y, en particular, de la "teoría de las etapas" según la cual en América Latina debía realizarse "primero" la revolución democrático-burguesa para que "después" se realizara la revolución socialista. Lo que no quita que la teoría del "foco" elaborada por Debray haya resultado tan poco respetuosa de la especificidad de América Latina como lo había sido la "teoría de las etapas".